

invade mi pecho; la luz del amor me ilumina. ¿Si soy tuya? ¡Oh Sifredo! Sifredo! ¿no me ves? ¿no te ciega mi mirada ardiente? ¿no te abrasan al enlazar mis brazos? ¿no sientes el fuego de la sangre que agitada en mí circula? ¿no temes, Sifredo, la pasión de la mujer?

SIFREDO.—¡Ah! dulcísimo fuego recorre mis venas todas! ventura sin igual! Renazca el osado valor y huya para siempre el miedo que por breves momentos aprendí á conocer!

(Dicho esto se desprende un momento de los brazos de Brunilda).

BRUNILDA.—¡Oh joven héroe! oh mancebo ideal! Tesoro de las más sublimes acciones! ¡risueña he de amarte; ciega quiero entregarme á ti; sonriendo nos perderemos; nos hundiremos sonriendo! ¡Adiós, Walhalla! truéquense en polvo tus orgullosos muros! ¡Adiós, esplendor de los dioses! muere en amor, generación eterna! ¡Romped vuestras cuerdas, oh Parcas! ¡Acércate, crepúsculo de los dioses! asoma la noche de la destrucción! Para mí brilla ahora la estrella de Sifredo; será eternamente mi todo y mi dicha: mientras luzca el amor, dulce será la muerte.

SIFREDO.—Sonriente para mí despertaste: Brunilda vive! Brunilda sonrío! Bendito el sol que nos alumbra! Salud al día que nos acaricia con su luz! Salud al mundo, para el que Brunilda despierta! vive! habla! me sonrío! fulgente me ilumina la estrella de Brunilda! Será para siempre mi todo y mi dicha: mientras luce el amor, sonrío la muerte!

(Brunilda cae en brazos de Sifredo. Baja el telón).

## EL ANILLO DEL NIBELUNGO

TERCERA PARTE

EL CREPÚSCULO DE LOS DIOS

## PERSONAJES

SIFREDO.  
GUNTHER.  
HAGEN.  
ALBERTO.  
BRUNILDA.  
GUTRUNA.  
WALTRAUTA.  
LAS PARCAS.  
LAS NINFAS DEL RHIN.  
VASALLOS, GUERREROS Y MUJERES.

## PRELUDIO

En la roca de las walkirias.—La escena como en el final de la segunda parte.—Es de noche. En el fondo se observa resplandor de fuego.—Las tres Parcas (mujeres altas y envueltas en oscuras túnicas). La primera (la más vieja) se halla tendida á la derecha bajo un pino de anchurosa copa; la segunda, yace sobre una roca colocada delante de la cueva; la tercera (la más joven) está sentada sobre una roca elevada en el fondo del escenario: reina durante algunos momentos melancólico silencio.

LA PRIMERA PARCA (sin moverse).—¿Qué luz relumbra allí?

LA SEGUNDA.—¿Amanece ya?

LA TERCERA.—El ejército de Loge rodea con llamas la roca. Aún es de noche; ¿por qué no hilamos ni cantamos?

LA SEGUNDA (á la primera).—Cantemos é hilemos; ¿dónde sujetas la cuerda?

LA PRIMERA PARCA (de pie ata, mientras canta, una cuerda de oro por uno de sus extremos á una rama del pino).—Vaya bien ó vaya mal, ato la cuerda y canto. Un día, estaba hilando al pie del fresco del mundo, de cuyo tronco brotaba un bos-

que de ramas; por aquella amena sombra corría cristalino un arroyuelo; sus olas murmuraban á mi oído profundas palabras; entonces entoné sagrada canción. Atrevido acercóse á beber á la fuente un dios y su osadía le costó un ojo; entonces Wotan rompió una rama de aquel fresno, haciendo con ella el mango de una lanza. Andando el tiempo, se resintió aquel bosque de la herida, cayeron las hojas y se secó el árbol, y cesó la fuente de manar. Triste fué el canto, pero ya que no puedo hilar á la sombra del fresno, me ha de servir el pino para atar mi cuerda; canta, hermana, ahí va la cuerda; sin duda no olvidaste cómo pasó esto.

LA SEGUNDA PARCA (enroscando la cuerda alrededor de una piedra que sobresale de las demás, á la entrada de la cueva).—Wotan grabó en el mango de su lanza cláusulas de contratos; con ella dominó el mundo. Un héroe joven quebróla en pedazos y así se destrozó el contrato sagrado. Entonces mandó Wotan á los héroes del Walhalla que destrozasen las ramas secas y el trono del fresno del mundo; cayó el fresno y la fuente quedó para siempre seca. Y así ato hoy mi cuerda á la puntiaguda roca: canta, hermana; ahí va la cuerda; ¿sabes lo que sucederá?

LA TERCERA PARCA (cogiendo la cuerda y echando tras de sí una de sus extremidades).—Alzase el castillo por gigantes construído: sentado está Wotan en su sala rodeado de los sagrados dioses y héroes. Allí se ve amontonada la madera que un tiempo fué el fresno del mundo. Si arde destruyendo con sus sagradas llamas el recinto, llegó el fin, para siempre, de los eternos dioses. Si aún sabéis algo más, seguid hilando la cuerda; desde el norte os la entrego; hila y canta, hermana.

(Echa la cuerda á la segunda y ésta á la primera).

LA PRIMERA PARCA (atando la cuerda á otra rama).—¿Amanece ya ó brillan las llamas? ¿Se engañan mis turbios ojos? No acierto á distinguir lo

pasado. Loge se convirtió en relucientes llamas; ¿sabes tú qué fué de él?

LA SEGUNDA PARCA (enroscando la cuerda al redor de la piedra).—Con la mágica fuerza de su lanza le dominó Wotan; daba consejos al dios: buscaba ansioso el medio de deshacerse del contrato. Wotan le obligó á rodear de fuego la roca de Brunilda; ¿qué será de él?

LA TERCERA PARCA (volviendo á echar tras de sí la cuerda).—Los punzantes pedazos de la destrozada lanza hundióselos Wotan en el pecho; de la herida brotó fuego devorador; el dios le arrojó el fresno del mundo en astillas convertido. Si queréis saber lo que sucederá, dad vueltas, hermanas, á la cuerda.

(Echa la cuerda á la segunda y ésta á la primera).

LA PRIMERA PARCA.—La noche se aleja: ya nada distingo; ya no acierto á desenredar las hebras. Una visión horrible ofusca mis sentidos: ¿qué fué del oro del Rhin que robó Alberto? ¿sabes qué fué de él?

LA SEGUNDA PARCA (muy deprisa y con suma dificultad, enroscando la cuerda alrededor de la piedra).—Los cantos de la piedra cortan la cuerda; los hilos no quieren alargarse; enredado está el tejido. Envidioso lo roe el anillo del nibelungo: la maldición de la venganza destroza las hebras de mi labor: ¿sabes tú qué resultará?

LA TERCERA PARCA (cogiendo precipitadamente la cuerda).—La cuerda está demasiado floja; no me bastará: si tengo con ella que señalar al norte, habré de tirar mucho de ella.

(Tira con fuerza de la cuerda y ésta se rompe por el medio).

LA SEGUNDA.—Se rompió la cuerda!

LA TERCERA.—Se rompió!

LA PRIMERA.—Se rompió!

(Las tres Parcas asustadas se levantan y se agrupan

en el centro del escenario, y recogiendo los pedazos de la cuerda, se ciñen con ella las tres juntas).

LAS TRES PARCAS.—Acabóse el eterno saber! Ya no podemos anunciar nada al mundo! Bajemos, bajemos con nuestra madre.

(Desaparecen.—El crepúsculo, que poco á poco ha ido desapareciendo, se convierte en claro día, amortiguando el resplandor de fuego del fondo).

(Sifredo y Brunilda salen de la cueva. Sifredo, completamente armado; Brunilda lleva de la brida su caballo).

BRUNILDA.—¡Cuánto me gustaría que llevases á cabo nuevas empresas heroicas, si no tuviese que dejarte! Sólo siento una cosa, y es el poco provecho que te alcanza mi cariño! Te conferí el dón que me otorgaron los dioses: ciencia y rico tesoro; el héroe ante quien me inclino, me arrebató mi pureza y con ella la ciencia; sólo me queda el amor, aunque despojado del valor antiguo; no desprecies, sin embargo, á la infeliz que sólo puede amarte y con cuya posesión nada alcanzas.

SIFREDO.—Más me concediste, mujer adorada, de lo que yo sé apreciar. No te enoje si á pesar de tus enseñanzas quedéme sin aprender. Tan sólo una cosa sé: que Brunilda vive para mí; y otra he aprendido: pensar siempre en Brunilda.

BRUNILDA.—Si quieres mostrarme tu cariño piensa tan sólo en tí, piensa en tus propios hechos! Acuérdate del fuego ardiente que rodeaba la roca y que sin miedo atravesaste...

SIFREDO.—Para lograrlo fué.

BRUNILDA.—Piensa en la mujer cubierta con el

escudo, que encontraste sumida en profundo sueño, y á la que sin dificultad lograste desarmar.

SIFREDO.—Para despertarte.

BRUNILDA.—Acuérdate de juramento que nos une; acuérdate de nuestro amor y siempre arderá Brunilda en tu corazón.

SIFREDO.—Ya que me veo obligado á dejarte, querida mía, bajo el amparo de ese fuego, guarda este anillo en cambio de tus consejos. En él han consistido todas mis proezas. Se lo arranqué á un dragón salvaje, que por mucho tiempo lo guardó. Ahora conserva tú su poder como símbolo de mi fidelidad.

BRUNILDA (llena de gozo se pone el anillo).—Avara voy á ser de tu anillo como de mi único bien; toma en cambio mi corcel; antes volaba por los aires con brío sin igual, mas perdió conmigo ese mágico poder; ya no se remontará hasta las tempestuosas nubes. Por donde le lleves, aunque sea al través del fuego, impávido te conducirá Grane, y siempre obedecerá á tu voz; cúidale bien.

SIFREDO.—Sólo por tus virtudes alcanzaré heroicas acciones; tú designarás mis combates, y tuyas serán mis victorias. Montado en tu corcel y cubierto por tu escudo, ya no veré á Sifredo en mí: tan sólo seré el brazo de Brunilda!

BRUNILDA.—¡Oh, si fuese Brunilda tu alma!

SIFREDO.—Ella es causa de mi valor.

BRUNILDA.—Así, eres tú á un tiempo Sifredo y Brunilda.

SIFREDO.—Donde estoy estamos ambos.

BRUNILDA.—¡Cuán sola se quedará, pues, mi morada en esta roca!

SIFREDO.—Unidos nos cobijará.

BRUNILDA (exaltada de amor).—¡Oh dioses sagrados! ¡Oh raza sublime! Dirigidnos vuestra mirada! Alejados, estaremos unidos! nunca podremos separarnos.

SIFREDO.—Salud á ti, Brunilda! Estrella luminosa! Reluciente amor!

BRUNILDA.—Salud á ti, Sifredo! Luz vencedora! Amor de mi vida!

(Sifredo se aleja, llevando el caballo de la brida. Brunilda le contempla largo rato desde la cumbre de la peña. En el fondo se oye el alegre sonar de la bocina de Sifredo. Cae el telón.—La orquesta imita el sonido de la bocina, reforzándolo progresivamente. Luego empieza el primer acto).



## ACTO PRIMERO

La sala de los Guibijungos á orillas del Rhin. Ancha puerta en el fondo; á través de ella se divisa un vasto paisaje rodeado de altas rocas hasta las orillas del Rhin.

GUNTHER, HAGEN y GUTRUNA

(Gunther y Gutruna, en un sitio algo elevado, están sentados á la mesa, provista de vasos y copas. Hagen delante de ellos).

GUNTHER.—¿No te parece, Hagen, que es hermosa mi posesión á orillas del Rhin, para gloria de los guibijungos?

HAGEN.—Envidiable es tu felicidad. Grimilda, que á entrambos nos parió, me lo dió á comprender perfectamente.

GUNTHER.—¡Yo he de envidiarte, y no tú á mí! Si heredé las riquezas de primogénito, á ti en cambio te dieron la ciencia: por esto nunca fueron nuestros bienes causa de discordia entre hermanos naturales; sólo alabo de tus consejos la sabiduría, cuando la comparo con mi fama.

HAGEN.—Pequeña ha de ser, pues pequeña es aún la fama: muchos tesoros conozco, que aún no posee el guibijungo.

GUNTHER.—Si me lo ocultas, me veré precisado á reprimerte.

HAGEN.—A ti, Gunther, te veo sin mujer, y á ti, Gutruna, sin esposo, ya en edad madura para casaros.

GUNTHER.—¿Con quién me aconsejas que me case que sea digna de nuestro nombre?

HAGEN.—Yo sé de una mujer, la más hermosa del mundo: tiene su morada en la cumbre de unas rocas, rodeadas por ardientes llamas: sólo quien logre atravesarlas poseerá á Brunilda.

GUNTHER.—¿Podrá hacerlo mi valor?

HAGEN.—Destinado está para ello alguien más valeroso que tú.

GUNTHER.—¿Y quién es el héroe que en valor me aventaja?

HAGEN.—Sifredo, el último descendiente de los welsas: el héroe más fuerte. Un par de gemelos á quienes venció el amor, Segismundo y Sigelinda, engendraron á ese héroe valiente, educado en el bosque: esposo de Gutruna debiera ser.

GUTRUNA.—¿Qué hizo para aclamarle por el más esforzado entre los héroes?

HAGEN.—En la cueva de la envidia custodiaba el tesoro del nibelungo un monstruoso dragón: Sifredo con victoriosa espada le quitó la vida. Hecho tan extraordinario aclamó la fama del héroe.

GUNTHER.—Oí hablar del tesoro del nibelungo, que encierra la más envidiable joya.

HAGEN.—A quien supiese emplearla bien se le humillarían el mundo entero.

GUNTHER.—¿Y Sifredo la ha ganado?

HAGEN.—Esclavos suyos son los nibelungos.

GUNTHER.—¿Y tan sólo él puede obtener á Brunilda?

HAGEN.—El fuego no cedería el paso á ningún otro.

GUNTHER (levantándose de mal humor).—¿Por qué despiertas en mí la duda y la discordia? ¿Por qué hacerme desear lo que alcanzar no puedo?

HAGEN.—¿Si Sifredo te trajese la novia á tu casa, no sería entonces tuya?

GUNTHER (paseando conmovido de uno á otro lado de la estancia).—¿Y qué poder lograría que ese héroe famoso me ofreciese á Brunilda?

HAGEN.—Fácilmente lo conseguiría tu súplica, si antes Gutruna le sedujese.

GUTRUNA.—¿Cómo había yo de seducir á Sifredo? Siendo el héroe más valiente del mundo, sin duda le habrán ofrecido su amor las más hermosas mujeres.

HAGEN.—Acuérdate de la bebida que guardas en ese armario: el héroe á quien tú deseas, quedará sujeto á ti con cadenas de amor. Si viniese, pues, Sifredo y bebiera de este licor, aunque antes haya amado y se haya entregado á otra mujer, la olvidaría por tí. Y ahora decid, ¿qué os parece mi consejo?

GUNTHER (que, sentándose de nuevo, ha escuchado con gran atención).—¡Honor á Grimilda que nos dió semejante hermano!

GUTRUNA.—¡Si pudiese ver á Sifredo!

GUNTHER.—¿Dónde le encontraremos?

HAGEN.—Como anda recorriendo el mundo en busca de aventuras, no será difícil que llegue hasta el alcázar de Guibij.

GUNTHER.—Con placer le vería aquí. (Suena á lo lejos la bocina de Sifredo. Escuchan). Del Rhin parece llegar el sonido de la bocina.

HAGEN (acercándose á la orilla, y mirando al río).—En una misma barca se aproximan un guerrero y su caballo. Diríase que los remos obedecen al impulso de cansada mano, y sin embargo la pesada lancha deslízase ligera remontando la co-

riente! Sólo quien mató al dragón es capaz de tal empresa! Será Sifredo, sí; ¡no puede ser otro!

GUNTHER.—¿Pasa de largo?

HAGEN (llamando hacia la barca).—¡Eh! hola! ¿á dónde vas, héroe insigne?

SIFREDO (desde el río).—A encontrar al poderoso hijo de Guibij.

HAGEN.—¡Te ofrezco su morada: atraca aquí! Yo te saludo, noble héroe!

(Sifredo arriba á la orilla.—Gunther se dirige hacia ella acompañado de Hagen. Gutruna observa á Sifredo desde su sitio con gozosa sorpresa; cuando van á entrar sus hermanos y el forastero, se aleja por una puerta de la izquierda que conduce á su cuarto).

SIFREDO (que ha conducido su caballo á su tierra, y está tranquilamente apoyado en él).—¿Cuál de vosotros es el hijo de Guibij?

GUNTHER.—Yo soy.

SIFREDO.—Desde muy lejos, en el Rhin, oí alabar tu fama: vengo, pues, á luchar contigo ó á ofrecerte mi amistad.

GUNTHER.—¿A qué luchar? ¡Bienvenido seas!

SIFREDO.—¿Dónde dejo mi caballo?

HAGEN.—Descuida; yo le daré sitio en que descansar.

SIFREDO.—Me llamaste Sifredo; ¿acaso me habías visto alguna vez?

HAGEN.—Te conocí sólo por tu vigor.

SIFREDO.—Cúidame bien á Grane; de seguro que nunca llevaste de la brida caballo de más noble raza.

(Hagen conduce el caballo á la derecha; detrás de la casa, y vuelve luego. Gunther entra con Sifredo en la sala).

GUNTHER.—Sálfuda con alegría, oh héroe, la mansión de mi padre; considera como tuyo cuanto veas: tuyos son mi herencia, mis tierras, mis caballos, y aun mi propia persona.

SIFREDO.—Ni herencia, ni tierras, ni vasallos, ni

paternal morada puedo ofrecerte; mi persona y mi espada es lo único que poseo, lo único que te ofrezco.

HAGEN (detrás de ellos).—Pero la fama te dice dueño del tesoro del nibelungo!

SIFREDO.—Casi me olvidaba de él; en tanto estimo su inútil posesión! Lo dejé en una gruta que un tiempo guardaba una fiera.

HAGEN.—¿Y no te llevaste nada de él?

SIFREDO (señalando el casco pendiente de su cinturón).—Este casco, cuya virtud ignoro.

HAGEN.—De ese casco he oído hablar; es la obra más perfecta de los nibelungos. Poniéndotelo puedes tomar cualquier forma; si quieres encontrarte en el más apartado lugar, allí te conducirá en un momento. Y, ¿nada más te llevaste del tesoro?

SIFREDO.—¡Un anillo!

HAGEN.—Que debes tener muy bien guardado.

SIFREDO.—Lo guarda una mujer sublime.

HAGEN (para sí).—¡Brunilda!

GUNTHER.—No tienes que ofrecerme tus tesoros en pago de mi hospitalidad. Te serviré con gusto sin recompensa.

(Hagen se ha dirigido al cuarto de Gutruna y abre la puerta. Gutruna sale llevando un cuerno lleno de licor, y se acerca á Sifredo).

GUTRUNA.—¡Bienvenido sea el huésped en casa de Guibij! su hija te ofrece el licor de la hospitalidad.

SIFREDO (se inclina respetuoso, coge el cuerno, queda pensativo por breve rato y dice en voz baja): Aunque olvidase cuánto me has dado, no dejaría de acordarme de una cosa. A tu amor, Brunilda, dedico la primera libación (Bebe y devuelve el cuerno á Gutruna, que avergonzada y aturdida baja los ojos. Con repentina pasión, fija en Gutruna su mirada). Tú que como un rayo has herido mi corazón; ¿por qué ante mí bajas los ojos? (Gutruna

ruborizándose levanta los ojos). ¡Ah, mujer hermosa, cierra esos ojos; sus rayos me abrasan: mi sangre circula en corrientes de fuego convertida! (Con temblorosa voz): Gunther, ¿cómo se llama tu hermana?

GUNTHER.—Gutruna.

SIFREDO.—¿Serán de buen augurio para mí las miradas que me dirige? (Coge la mano de Gutruna con ardor). Ofrecí á tu hermano mi persona; y él, orgulloso, rehusó mi amistad. ¿Si á ti ofreciese mi corazón, me rechazarías también altiva?

(Gutruna inclina la cabeza, como no considerándose digna de él, y sale con inseguro paso de la estancia).

SIFREDO (la sigue con la vista extasiado, mientras Hagen y Gunther le observan atentos; luego, sin volverse, pregunta): Gunther, ¿tienes mujer?

GUNTHER.—No la tengo aún y considero difícil obtenerla. En una puse mis pensamientos, sin que me sea dado alcanzar su mano.

SIFREDO (volviéndose á él con viveza).—¿Qué no podrás alcanzar tú, estando yo contigo?

GUNTHER.—Sobre altas rocas se yergue su morada; el fuego la rodea.

SIFREDO (admirado y como recordando algo ya olvidado tiempo há, repite en voz baja).—¿Sobre altas rocas se yergue su morada? ¿El fuego la rodea?...?

GUNTHER.—Sólo aquel que impávido atraviese el fuego...

SIFREDO (interrumpiéndole súbitamente).—¿Sólo aquel que impávido atraviese el fuego...?

GUNTHER.—Será el libertador de Brunilda. (Sifredo da á entender por un gesto, al oír el nombre de Brunilda, que se había olvidado completamente de ella). Yo no puedo llegar á su morada; el fuego nunca ha de cederme el paso.

SIFREDO (contestando precipitadamente).—No le temo: para ti alcanzaré á la mujer; tu aliado soy y tuyo es mi valor, si en cambio me das á Gutruna.

GUNTHER.—Gustoso te la otorgo.

SIFREDO.—Pues yo te alcanzaré á Brunilda.

GUNTHER.—¿Cómo lograrás engañarla?

SIFREDO.—Me valdré de la virtud de mi yelmo.

GUNTHER.—Préstame juramento de fidelidad.

SIFREDO.—Confirme nuestra propia sangre el juramento.

(Hagen llena un cuerno de vino; Sifredo y Gunther se hacen una cortadura en sus brazos con las espadas y dejan manar su sangre, por espacio de algunos instantes, en la vasija).

SIFREDO Y GUNTHER.—Dejemos caer á gotas en ese brebaje la sangre y con ella la vida: únanos por su medio fraternal amor. Fidelidad bebo, florezca libre y alegre nuestra unión. Si rompe uno de los dos el juramento, lo que hoy en gotas bebimos salga á torrentes del pecho del traidor, y expie su infidelidad. Así, te brindo alianza. Así, te ofrezco ser te fiel.

(Beben cada uno la mitad del contenido; luego Hagen, que durante esta ceremonia estaba á un lado, rompe con su espada el cuerno. Sifredo y Gunther se dan las manos).

SIFREDO (á Hagen).—¿Por qué no tomaste parte en el juramento?

HAGEN.—Mi sangre os hubiera enturbiado la bebida; no es pura y noble como la vuestra; es áspera y fría, incapaz de colorearme las mejillas. Por esto me alejé de vuestro ardiente juramento.

GUNTHER.—Deja á ese hombre melancólico.

SIFREDO.—En marcha, pues! Allí está mi barca; presto nos conducirá á la roca; pasarás una noche esperándome en la barca, y luego te llevarás á tu casa á la mujer.

GUNTHER.—¿No quieres antes descansar?

SIFREDO.—Ansío regresar pronto. (Se va á la orilla).

GUNTHER.—Hagen, guarda tú la casa.

(Sigue á Sifredo. Gutruna aparece en la puerta de su cuarto).

GUTRUNA.—¿A dónde van tan precipitadamente?

HAGEN.—A embarcarse para seducir á Brunilda.

GUTRUNA.—Sifredo?

HAGEN.—Mira cuánto anhela verte su esposa! (Se sienta con lanza y escudo enfrente de la habitación. Sifredo y Gunther se alejan).

GUTRUNA.—Mío... Sifredo! (Entra en su habitación).

HAGEN (después de largo silencio).—Aquí estoy para guardar su morada contra el enemigo. A merced del viento navega el hijo de Guibij; anda en busca de una esposa. Empuña un héroe el timón; por ella quiere exponerse al peligro; á su propia desposada le entregará, pero á mí me traerá el anillo; vosotros, hombres libres, compañeros alegres, dejáos conducir allá por el viento. Aunque os parezca despreciable, vosotros serviréis al hijo del nibelungo.

(Cae un telón que oculta la decoración anterior. Después de ejecutar la orquesta un breve intermezzo y de la mutación de escena, vuelve á levantarse el telón).

-----  
La altura en las rocas, como en el prólogo.

BRUNILDA (sentada á la entrada de la gruta, admira en silencio el anillo de su amante; luego, abismada en amorosos recuerdos, lo cubre de besos, cuando de pronto oye lejano rumor, presta atención y mira á uno de los lados del fondo del escenario).—Paréceme conocido ese rumor que viene de lo lejos; á escape se acerca un caballo, vo-

lando por los aires. Llega en una nube á esta roca! ¿Quién vendrá á perturbar mi soledad?

WALTRAUTA (cuya voz suena á lo lejos).—Brunilda! hermana! ¿duermes ó estás despierta?

BRUNILDA (levantándose).—¡Es la voz de Waltrauta! ¿Vienes aquí, hermana? Apéate allí en el bosque que tan bien conoces, y deja descansar tu corcel. ¿Tan atrevida eres que vienes á verme? ¿no temes, dí, saludar á Brunilda?

(Waltrauta ha salido precipitadamente del pinar; Brunilda, dirigiéndose veloz hacia ella, en su alegría no advierte la turbación de Waltrauta).

WALTRAUTA.—Sólo por ti vine.

BRUNILDA (muy contenta).—¿Con que te atreviste tan sólo por amor á mí á quebrantar el mandato del padre de los combates? ¿O acaso se habrá calmado el furor de Wotan contra mí? Cuando, contrariando las órdenes del dios, protegí á Segismundo, cumplía á pesar de todo su deseo: ya sé que algo menguó su furor; pues aunque me condenase al sueño y me sujetase á la roca, otorgóme que no fuese cualquier caminante quien pudiese despertarme, rodeando mi lecho de ardientes llamas para amedrentar á los cobardes. Así su castigo me llenó de ventura; el héroe más valiente me hizo su mujer; su amor me hace ahora feliz y dichosa. ¿Envidias mi suerte? ¿quieres gozar de mi dicha y compartir conmigo lo que la fortuna me deparó?

WALTRAUTA.—¿Compartir contigo el vértigo que se apoderó de ti, loca de amor? Otra cosa fué la que me obligó en mi angustia á romper el mandato de Wotan.

BRUNILDA.—Temor y miedo te dominan. De modo que no ablandó su cólera el dios riguroso?

WALTRAUTA.—Si yo pudiese temerla, tendría fin mi pesar.

BRUNILDA.—Me sorprendes; no te entiendo!

WALTRAUTA.—Calma tu emoción y escucha. La

misma angustia que del Wálhalla aquí me traje, me vuelve allí.

BRUNILDA (asustada).—¿Qué es de los dioses eternos?

WALTRAUTA.—Atiende y medita cuánto voy á decirte. Desde que se separó de ti, no nos ha vuelto á guiar Wotan al combaté. Indecisas y siempre temerosas seguimos al ejército. Evita encontrar á los valerosos héroes del Walhalla; sólo y sin descanso viaja por el mundo á caballo. Ultimamente llegó empuñando su lanza hecha astillas: un héroe se la había destrozado. Sin decir palabra ordenó á los nobles del Walhalla que fuesen al bosque á derribar el fresno del mundo, y mandó amontonar alrededor del sagrado recinto los pedazos del árbol. Luego convocó el consejo de los dioses; él mismo lo presidió, y á su alrededor se sentaron todos angustiados; los héroes llenaron la estancia. Sentado estaba él presidiendo, mudo é inmóvil, en su sagrado trono, y teniendo en la mano los trozos de la lanza; ya no prueba las manzanas de Holda: dominados están los dioses por la angustia. Mandó á sus dos cuervos á viaje: una vez volvieron con buenas noticias; luego otra, y fué la última; por postrera vez se sonrió el eterno. A sus rodillas abrazadas yacíamos nosotras las walkirias: mas permaneció indiferente á nuestras suplicantes miradas; á todas nos devoraba el temor y la angustia. Contra su pecho yo misma me abracé llorando: entonces alzó los ojos, pensó en ti, Brunilda, exhaló profundo suspiro, cerró otra vez los párpados, y como soñando dijo: «Si devolviese el anillo á las hijas del hondo Rhin, libertaría al dios y al mundo de su maldición.» Entonces pensé en lo que dijo; abandoné, sin ser vista, la silenciosa multitud que le rodeaba; monté á caballo, y á escape vine á verte. Y ahora te suplico y te conjuro, hermana, que hagas lo que puedas, poniendo término al eterno sufrir.

BRUNILDA.—Tristes hechos me cuentas. Yo no pertenezco ya á la raza de los dioses, ni comprendo lo que dices. Locas y sin hilación me parecen tus palabras; en tus cansados ojos brilla ardiente llama; ¿qué quieres de mí?

WALTRAUTA (con precipitación).—Ese anillo que llevas en tu mano... despréndete de él en favor de Wotan.

BRUNILDA.—¿Desprenderme del anillo?

WALTRAUTA.—Devuélvelo á las hijas del Rhin.

BRUNILDA.—¿Yo, á las hijas del Rhin, la prenda de amor de Sifredo? ¿Estás en tu juicio?

WALTRAUTA.—Oyeme: considera mi angustia! En él estriba el mal del mundo todo. Arrójalos de ti á las olas, para librar al Walhalla de la desgracia: tira el anillo maldito.

BRUNILDA.—¡Ah! ¿no sabes lo que para mí representa este anillo? Es más que las delicias del Walhalla, más que la gloria de los dioses eternos; porque en él brilla para mí el amor divino de Sifredo. ¡Ah! si pudiese decirte lo que es este amor! Por él conservo ese anillo; en él depositó su cariño! Vé, y en el consejo de los dioses diles que jamás lo obtendrán, que nunca les daré mi amor, aunque se derrumbe y se convierta en escombros la brillante pompa del Walhalla.

WALTRAUTA.—¿Es esa tu fidelidad? ¿Así abandonarás á tu hermana, cuando la ves sumida en la mayor zozobra?

BRUNILDA.—Vete de aquí; monta tu corcel y aléjate: no lograrás arrancarme el anillo.

WALTRAUTA.—¡Oh dolor! ¡desgraciada de ti, hermana! ¡desgraciados los dioses del Walhalla! (Se va precipitadamente en dirección al pinar, y á poco rato oýese el vuelo rápido de su corcel).

BRUNILDA (sigue con la mirada á su hermana, llevada por tempestuosa nube, que no tarda en perderse en lontananza). Alejaos, nubes y relámpagos por el viento empujados: idos, y no volváis á